

LÁGRIMAS DE ESPERANZA

Seudónimo: Bustillo

*Tu pupila es azul, y cuando lloras, / las transparentes lágrimas en ella /
se me figuran gotas de rocío / sobre una violeta.*

El profesor de lengua acaba de preguntar que quién quiere comentar los versos que están analizando y busca con la mirada algún voluntario. Álvaro agacha la cabeza y mantiene la vista fija en el libro de Bécquer que tiene encima de la mesa abierto por la rima XIII. Conoce de sobra qué es lo que el autor quiere decir con aquellos versos. Y se sabe también de memoria las tres estrofas que forman el poema completo y hasta otras muchas rimas de ese libro que tantas veces ha leído. A Álvaro le gusta la poesía y especialmente le gustan las rimas del poeta sevillano, pero prefiere que sus compañeros no lo sepan. Sería otro motivo más de burla. Por eso calla y se desentiende de la demanda del profesor con la esperanza de que aquella estrategia tan pueril de humillar la cabeza le sirva para pasar desapercibido. Aunque a él es fácil verle. Está situado en una esquina de la clase, junto a la ventana, separado del resto de los compañeros. Es el bicho raro del instituto, el Zanahorio, como le conocen la mayoría de los chavales. Incluso hasta los más pequeños saben cuál es su mote. El propio Álvaro se lo había oído decir a los dos días de empezar las clases a un crío de primero que abultaba la mitad que él. Lo que más rabia le dio fue que el niño aquel no se cortara ni un pelo al soltarlo. El chaval venía con otros dos compañeros y al pasar junto a él se quedó mirándole y sin preocuparse de bajar el tono de voz les comentó a sus acompañantes que ese era el Zanahorio. Aquel día, Álvaro tuvo la sensación de que su apodo ya era conocido por la mayoría de los chavales nuevos antes de llegar al instituto. Era algo normal, entre los recién matriculados en el centro, que supieran el nombre o el mote de algún profesor de los considerados huesos, pero, por lo visto, el dudoso honor de ser el primer alumno en pasar a la fama fuera del instituto había recaído sobre él. Álvaro hizo como que no había oído nada. Hubiera sido muy fácil, dada la diferencia de edad y estatura, haberse plantado delante de él y amedrentarle tan solo con una mirada. Pero no era buena idea. Sabía que si aquel mocoso no se acobardaba el asunto podría terminar en un enfrentamiento y eso llamaría la atención de los alumnos próximos a ellos. Y lo que menos deseaba era que, al grito de ¡pelea, pelea!, tan común en ese tipo de situaciones, se formara un corrillo para ver el espectáculo. Además, él no estaba hecho para eso. Él era Zanahorio, el centro de todas las burlas y bromas del instituto. Odiaba ese apodo tanto como odiaba el color rojo de su pelo que le señalaba como el

punto central de una diana al que hay que apuntar. Todavía recuerda la cara que puso su padre cuando le dijo que quería teñírselo. Fue peor que si le hubiera pedido que le dejara tatuarse una calavera en mitad de la frente. El color del pelo era la señal de identidad de su familia. Su padre era pelirrojo y su abuelo lo había sido también y avergonzarse de ello era lo mismo que renegar del apellido. Pero es que el padre de Álvaro nunca se preocupó de pensar qué había detrás de aquella petición tan extraña y ni tan siquiera había sido capaz de ver ni una sola de las señales de auxilio que había lanzado su hijo. Cuando la madre comentaba que al niño le ocurría algo, que sus notas habían empeorado y que no era normal que se pasase los días sin salir de casa con el único entretenimiento de aquel dichoso libro de poesía o que todas las mañanas se quejara de que le dolía el estómago, él le quitaba importancia. Y, ante la insistencia por parte de su mujer, la tranquilizaba diciéndole que no se preocupase, que seguramente eran cosas de críos, que el niño estaba en la edad del pavo y a lo mejor todo se debía a que sufría mal de amores. Y aunque el padre lanzaba aquella hipótesis, más como una forma de zanjar la discusión que como una posibilidad real, no andaba del todo desencaminado. A Álvaro le duele todo lo que le está pasando y siente que su capacidad de aguante está a punto de desbordarse, pero también le duele el distanciamiento con Lucía. En el colegio siempre habían sido inseparables. Les gustaba ponerse juntos en clase y quedaban muchas tardes para hacer los deberes y se reían; sobre todo se reían. A Lucía no le importaba su carácter apocado y le hacía gracia el color de su pelo. Álvaro aún recuerda los primeros dibujos de ella cuando tenían cinco o seis años. Pintaba a las personas con el pelo de un color rojo intenso y cuando la profesora le preguntaba que por qué utilizaba ese color, ella decía que el pelo de Álvaro era el más bonito del mundo. Y a medida que pasaban los años y seguían tan unidos, se fue dando cuenta de que al estar con ella todo era diferente. Por eso, cuando terminaron la primaria, eligió el mismo instituto que Lucía. Lo hizo, porque a su lado se sentía protegido y porque tenía la esperanza de que aquel primer amor infantil, extemporáneo e inexperto que empezaba a latir en su interior, pudiera echar raíces. Pero pronto se percató de que la suerte no estaba de su parte. Ya desde el primer curso les pusieron en clases separadas y, poco a poco, Lucía fue haciendo nuevos amigos y alejándose de él. Y Álvaro se sintió tan desprotegido como un niño pequeño que pierde la mano de su madre en medio de un gentío. Fue entonces cuando, en las clases de Lengua, descubrió las rimas de Bécquer y tomó conciencia de que parecía que las había escrito para él. Aquellos versos plasmaban a la perfección lo que sentía. En aquellas rimas estaban expresados sus sentimientos de amor y desamor, pero también encontró poemas que hablaban de la desesperanza y de la soledad. La

misma soledad que, con el paso de los cursos, fue embadurnándole como una crema espesa y pegajosa de la que no pudo ya desprenderse. Aquel aislamiento fue interpretado como un signo de debilidad por algunos compañeros del instituto. Y pronto descubrió que la debilidad es a los acosadores como la sangre a las pirañas. Para entonces, ya no podía hacer nada. Lo único que le quedaba era agachar la cabeza, adoptar la táctica del avestruz tratando de pasar inadvertido para que los compañeros no se dieran cuenta de su presencia, para que sus padres no discutieran por él, para que los profesores no le preguntasen. Pero el profesor de Lengua no se fija en él. Siempre pregunta a alguno de los pocos alumnos que levantan la mano y que suelen ponerse en las primeras filas. Al principio de curso lo hacía de manera aleatoria, aunque pronto descubrió que esa táctica estaba exenta de éxito. Era una clase difícil, ya se lo había dicho a los padres en la reunión de inicio de curso. Había muchos repetidores y luego estaba el entorno. De esto último no había comentado nada, pero todos sabían que el centro se construyó en las afueras de la ciudad, una zona marginal que había hecho que el instituto tuviera mala fama desde el mismo momento en el que se abrió. Barrio marginal, familias desestructuradas y claustro de profesores mayoritariamente interinos, mezclado todo ello, eran los ingredientes ideales para formar un cóctel educativo peligroso.

Álvaro no tuvo en cuenta esos condicionantes a la hora de elegir centro. Para un niño de doce años lo que prima es ir al instituto al que van sus amigos y su mejor y prácticamente única amiga era Lucía. Y ahora ya no hay vuelta atrás. Ahora se tiene que conformar con agachar la cabeza y, aunque podría ser uno de los que levantasen la mano para responder a la pregunta del profesor que aún está en el aire, no lo hará. Hace tiempo que ya no le importan las notas, ni las clases. Lo único que le importa es que llegue el fin de semana y pueda encerrarse entre las cuatro paredes de su habitación, lejos del acoso o de la indiferencia de sus compañeros.

Por eso, Álvaro se muestra como ausente, ajeno a la explicación que un voluntario hace sobre la estructura del poema y sobre las figuras literarias que el poeta emplea para describir los ojos llorosos de su amada. Permanece así hasta que el timbre del cambio de hora disuelve a los alumnos con la misma rapidez que si hubiese sonado la alarma de evacuación. Entonces, en un instante, los pasillos se convierten en un hervidero de chavales que van y vienen en busca de la taquilla que tienen asignada para guardar los libros. Álvaro se toma su tiempo y deja que los demás aceleren el paso. Él prefiere llegar de los últimos, cuando el tráfico de estudiantes ya ha disminuido y no hay tanto revuelo en torno a las taquillas. Sabe de sobra que esos momentos son los más propicios para los conflictos y las disputas. Además,

Lucía tiene la taquilla cerca de la suya y también es de las que se retrasan. A Álvaro le gusta verla, aunque ya no es como en el colegio. Ahora, apenas se dedican un gesto con la cabeza como señal de saludo. Y si la situación es propicia, Álvaro se atreve a decir un tímido “¿qué tal?”, que recibe como respuesta un “bien, bien. ¿Y tú?” que le sabe a poco. A él le gustaría tener más tiempo para responder, pero no lo hay. Los cinco minutos de los que disponen para volver a clase no dejan lugar a entretenimientos. Por eso, su respuesta se remite a una repetición de ese bien que intenta que suene convincente, aunque su tono de voz y el lenguaje no verbal de su rostro indiquen otra cosa.

Y es justo cuando Álvaro está a escasos metros de Lucía, al llegar los únicos instantes del día que merecen la pena para él, cuando todo se le derrumba. Alguien a su espalda tira con fuerza del pantalón de su chándal hacia abajo y antes de que pueda reaccionar ya lo tiene a la altura de las rodillas. Después, a la voz de “mirad al Zanahorio”, todo se llena de carcajadas. Aquellas risotadas le suenan a Álvaro como si estuvieran atrapadas dentro de una campana gigante y el eco de sus paredes se las devolviera multiplicadas por cien. Para cuando logra recuperarse de aquel acto tan vejatorio para un chaval de quince años, la escena ya ha sido grabada con algún móvil y la hilaridad del público asistente no tardará en hacerse viral. Hasta es posible que él mismo reciba el vídeo en el correo electrónico. Ya había ocurrido la vez que le bombardearon en el patio con pelotas de papel de aluminio y acompañaron el envío con una nota adjunta que hacía mención de su condición de bicho raro y de ser insignificante. Por todo aquello y por lo de ahora, Álvaro siente que no puede más, que aquella humillación es la gota que va a derramar el vaso de su resignación. Y aunque en su interior aparece un impulso irrefrenable de liarse a puñetazos contra todos aquellos que se ríen, hay algo en su cerebro que se lo impide. Un algo que no sabe lo que es, que parece venir grabado de nacimiento en sus genes y que ha hecho de él un ser apocado y pusilánime. Quizás por eso, a lo único que se atreve es a correr, a huir de allí a toda velocidad. Aquella fuga alocada hacia ninguna parte le lleva hasta el piso superior del instituto. Una vez en él, sorteando a los pocos chavales que aún quedan por el pasillo y busca un aula desocupada en donde esconderse de su propia cobardía. No le resulta difícil hallarla, porque las puertas de entrada a las clases tienen en su parte central un espacio acristalado y a través de él se puede ver el interior. Cuando la encuentra, echa una rápida ojeada a ambos lados del pasillo y, como ve que nadie se está fijando en él, penetra en ella. Una vez dentro, cierra la puerta y apoya la espalda contra la pared, dejando que su cuerpo vaya deslizándose hasta quedar sentado en el suelo. Entonces, suelta toda la tensión que tiene dentro y no puede evitar que un torrente de lágrimas inunde su rostro.

Instintivamente, intenta limpiárselas con la mano y, al hacerlo, levanta un poco la vista y se percata de que una de las ventanas de la clase está abierta. Como si aquel descubrimiento ejerciese sobre él una atracción incontrolable, se acerca hasta ella y asoma la cabeza. Son solo tres pisos, pero vistos desde arriba dan cierto vértigo. Pese a ello, inclina la parte superior de su cuerpo hacia el vacío y deja que poco a poco sus pies se vayan despegando del suelo. Ni siquiera el sudor frío que le recorre la espalda le desanima de su idea y, cuando llega a un punto en el que queda en un frágil equilibrio entre lo que podría suponer la vida o la muerte, no puede evitar que vengan a su mente los versos de una de las últimas rimas de Bécquer:

*Y oí como una voz delgada y triste / que por mi nombre me llamó a lo lejos, /
¡y sentí olor de cirios apagados, / de humedad y de incienso!*

Y él, como si el hecho de recordar aquellos versos los hubiera dotado de vida propia, también oye su nombre. Pero aquella voz no es delgada y triste. Es un grito desgarrador que surge a sus espaldas y le impulsa hacia atrás. Avergonzado de que alguien le haya sorprendido en aquella intención suya de acabar con tanto sufrimiento, tarda en volver la vista. Cuando lo hace, se encuentra con la figura de Lucía. Una figura aterrorizada y temblorosa, con los ojos cubiertos por una pátina acuosa. Está inmóvil, como si una fuerza invisible la mantuviera atrapada bajo el umbral de la puerta. Aquellas lágrimas transparentes que anegan sus pupilas azules le parecen a Álvaro gotas de rocío sobre una violeta. Las mismas gotas de rocío con las que el poeta romántico describe a su amada en la rima que un momento antes habían estado analizando. Al verlas, sabe que ya no será capaz de hacerlo y que eso traerá consigo la vuelta de los insultos y de las vejaciones. Sin embargo, algo dentro de él le dice que, al igual que con las golondrinas de Bécquer, ya nada será lo mismo que antes. Por primera vez, alguien se ha percatado de lo mal que lo está pasando. Lucía le ha visto..., le ha visto y le ha mirado. Y en aquella mirada descompuesta, Álvaro cree ver, no solo una expresión de pánico, sino también un poco de la compasión que tanto necesita.

Por eso, piensa que ha llegado el momento de pedir ayuda. Que es ahora o nunca. Para ello le gustaría encontrar una frase que resumiera toda la agonía que está padeciendo. Pero, por más que lo intenta, no encuentra las palabras adecuadas. Él no sabe hacer poesía, solo sentirla. Y ante la urgencia de la situación, lo único que logra articular, con la voz trémula y la mirada fija en Lucía, son los versos de una rima de ese Bécquer que a él tanto le gusta, con la esperanza de que ella sepa interpretar todo el dramatismo que contienen:

*¡Por piedad! Tengo miedo de quedarme
con mi dolor a solas*